

—¿La habéis visto?

—Puedo equivocarme, pero creo haberla visto.

—¿Dónde?

Piriac se sirvió un vaso de Burdeos, lo bebió, hizo un gesto de satisfacción y dijo:

—¡Exquisito!

Su cara demostraba una gran indiferencia. Sin embargo, aquella revelación inesperada, le interesaba prodigiosamente.

La criatura que su amigo Fugeret hubiera querido conocer, de la que con tanto calor le hablaba durante su última estancia en París, aquel ser á quien consideraba como el lazo que le unía á la mujer á quien había ultrajado tan cruelmente, existía.

¿Había encontrado su huella el barón ó era que quería excitar su curiosidad?

El bretón concluyó de almorzar.

Saint-Aubin le dió un cigarro y se levantó.

Pero no fué para irse.

Se puso á pasear de un extremo al otro del comedor, que no era grande.

Mientras paseaba continuaba hablando, pero en voz tan baja, que Piriac no podía oír bien lo que decía.

Al cabo de un largo rato se levantó á su vez el bretón, y poniéndose delante de su antiguo compañero, le preguntó sonriendo;

—¿No es una broma lo que me habéis dicho?

—¿Qué?

—¿La habéis visto?

—¿A quién?

—A la hija de la señorita de Arvil, suponiendo que la señorita de Arvil tenga una hija, lo que no está probado.

El barón se echó á reír, pero con una risa falsa y forzada.

—Habré soñado tal vez—dijo;—pero en efecto creo haberla visto.

—¿Se llama?

—No sé su nombre.

—¿Vive?

—Tampoco lo sé.

—¿Conserváis, sin embargo, la razón?

—¡Imbécil! ¿Qué crees, que estoy loco?

—No, pero...

—Bueno, déjame. ¿No sales?

—Sí, á menos que me necesitéis para algo.

—No. ¡Vete!

Piriac no se lo hizo repetir.

Salió diciendo para sí:

—Aquí hay algo... Abriré el ojo.

El barón, cuando se quedó solo, pensaba:

—Sí, aquí hay un enigma; pero yo descubriré la clave de él. ¡Si esa joven fuese la hija de Magdalena... qué fortuna! ¡A menos que su madre la haya abandonado voluntariamente!... ¿Será posible?... ¿Cómo saberlo?

De pronto se tocó la frente diciendo:

—¡La señora Chagny! Tal vez por ella...

## XII

### Miseria.

¿Cómo habían ido á parar las dos amigas y la vieja Mónica á aquel barrio lleno de fango, y á una casa de aspecto tan repugnante?

La explicación era muy sencilla.

Cuando llegaron á la estación de Lyon, no sabían dónde refugiarse.

Tanto Elena como ella no conocían de París más que el nombre.

Al apearse del tren que las dejaba en medio de aquel barullo, donde se sentían perdidas, á Aurora se le oprimía el corazón.

¿Pero qué hacer?

¿Adónde ir?

¿Cómo volverse atrás? ¿A quién confiarse?

Ella no podía volver á aquel Aubignac, en donde estaba expuesta á todas las asechanzas y á las sorpresas del infame Bernardo Charvarux.

Su dignidad no le permitía tampoco someterse á las exigencias del señor Pilet-Desbuttes y aceptar sus limosnas porque las revelaciones de su amiga Elena de Solmes, habían arrojado una siniestra luz sobre los manejos secretos del hipócrita é impúdico anciano.

¿Y qué remedio había para aquella situación?

Ninguno.

Era preciso armarse de valor y luchar contra el destino.

¡Si siquiera hubiera sido sola!

¡Pero tenía que tener valor por dos!

Después de la muerte de su padre, de la terrible escena de la Sauvetière y el casamiento de su amante Marcelo Dangles, con Marta Virieux, Elena, había caído en una especie de debilidad y apatía que la daban la apariencia de un cuerpo sin vida.

Deshonrada, arruinada, sin poder trabajar para ganarse la vida, al menos por largo tiempo, se abandonaba á la dirección de su amiga que se había convertido en su guía y su sostén.

Y, además tenía también á su cargo á la vieja Mónica, la antigua sirviente de la Sauvetière, medio sorda, pero viva y robusta.

Sin gran trabajo se forma una idea del apuro de las tres mujeres cuando se encontraron á media noche en el muelle de la estación de Lyon, tratando de orientarse en las inmensas tinieblas que se extendían ante ellas.

La fatalidad que acompaña siempre á las predestinadas á la desgracia, había hecho que montasen en el reservado de señoras solas, de modo que habían llegado á París sin haber tenido á quien pedir informes.

Aurora y sus compañeras estaban tan ignorantes como á la salida de su país.

No había que pensar en recoger su equipaje á semejante hora.

Un carabinero complaciente á quien Aurora pidió consejo la dijo con amabilidad.

—Volved mañana por él. Eso es lo más sencillo. Guardad el talón.

Los cocheros tienen buen olfato para distinguir la calidad de los viajeros que necesitan sus servicios.

Uno de ellos que vió á Aurora y sus compañeras, hizo avanzar su coche y preguntó con voz ronca, pero afectuosa:

—¿Queréis un coche?

Aurora se inclinó.

—¿Adónde váis?

No conocían París, no sabían adonde ir.

—¿Queréis un hotel?—preguntó el autómata.

Era preciso decidirse.

—Decente, pero no caro, advirtió Aurora.

—Tengo lo que necesitáis. Montad. Las via-

jeras subieron al coche y este se dirigió hacia el muelle de los Agustinos.

Paró en la calle Git-le-Cour delante de una casa de aspecto decente sobre cuya puerta se leía esta inscripción:

### HOTEL DE AUVERNIA

La dueña del hotel era una antigua amiga del cochero, una anciana que no olvidaba á los conocimientos de sus buenos tiempos.

Y he aquí cómo Aurora, Elena de Solmes y su criada, la vieja Mónica, se encontraron instaladas por casualidad en un barrio cuya existencia ni sospechaban pocos días antes.

La casa tenía una de las dos condiciones que la joven había indicado al conductor.

No era muy buena, pero no era cara.

Sin embargo, era demasiado todavía para dos viajeras cuyo capital se reducía á dos mil francos, que el menor de los hermanos Caylus había prestado generosamente, diciéndola que tenía más á su disposición.

Pero ella no quería hacer uso de esta oferta.

En su ignorancia del porvenir, esperaba trabajar y poner todos los medios que estuvieran á su alcance para poder devolver aquel dinero que la quemaba los dedos.

Y sin embargo, le había sido entregado con tanta delicadeza y de tan buena voluntad, que ella no podía olvidarlo.

Pero á sus ojos aquello era una limosna, y ella no quería recibir más.

Estaba decidida á aceptar la primera colocación, el primer trabajo que se la presentase.

Su única preocupación al verse en París, su

único deseo, era no deber nada á nadie, defenderse con sus propias fuerzas, puesto que estaba sola en el mundo, y que los que hubieran debido sostenerla la habían abandonado tan cruelmente.

Desde el día siguiente al de su llegada al hotel de Auvernia, comprendió hasta qué punto es cara la vida en París, y se asustó cuando por la noche, encerrada en su habitación del cuarto piso con su amiga, hizo las cuentas del día.

Solo Dios sabe con qué economía habían querido hacer las cosas; á pesar de eso, el viaje habían disminuído sus fondos en unos cien francos.

No tardaría en estar vacía la bolsa, si no tomaban otra determinación.

Era preciso salir cuanto antes de aquel hotel, instalar los muebles que habían llevado de la Sauvetiere en un cuarto en relación con la pobreza de las que debían habitarle.

Aurora hizo sus cálculos en previsión del más humilde porvenir.

Esperaba conseguir una colocación en una casa de comercio, por modesta que fuese.

Después se colocaría también Elena, y serían dos para poder sostener la casa con su sueldo.

¿Qué sueldo?

¡Sesenta ú ochenta francos cada una!

Con esto reunirían mil dociientos ó mil quinientos francos, después de haber pagado la casa.

¿Cuánto necesitarían para pagar el alquiler? Trescientos ó cuatrocientos francos al año.

Una habitación para cada una de ellas, otra para la vieja Mónica y la cocina.

Aurora bendijo la mano que las había conducido á aquel barrio populoso donde no debía faltarla en qué trabajar, y supo con alegría que cerca del hotel donde estaban, había dos casas viejas cuyos propietarios no eran exigentes.

Estos propietarios eran los hermanos Grumbach.

Ellos no se ocupaban de sus alquileres.

La que se cuidaba de eso era la portera, una vieja horrible, la Raposa.

Se entendió pronto con ella.

Había libre un cuarto en el piso tercero, en la casa inmediata á la en que tenían el taller los Grumbach.

—¿Y cuánto renta?—preguntó Aurora.

La Raposa fué considerada.

—Para una joven como vos no será más que trescientos francos: me sois simpática.

Aurora creyó aceptable el precio.

En resumen, el trato no era malo para las inquilinas.

Las habitaciones eran espaciosas, de techos altos, artesonados de madera carcomida, con grandes chimeneas de mármol roto en diferentes sitios y el piso estaba muy sucio.

Tenía tres ventanas que daban á un patio estrecho, húmedo, tenebroso.

Pero tenía la ventaja de que podían estar muy cerca una de otra, había tres habitaciones bastante espaciosas y un cuartito. Este sería para Mónica; una de las habitaciones sería el refectorio de la comunidad y las otras dos serían la una para Aurora y la otra para Elena.

Todo estaba muy sucio.

Mónica tuvo que fregar los pisos, frotar las paredes, limpiar el polvo y esparcir con profusión un líquido que tenía la propiedad de destruir los microbios.

Este fué un trabajo prodigioso en pequeño, la limpieza de una cuadra.

Y hecho esto fueron á recoger los muebles de la estación y los hicieron trasportar en un carro.

Pero cuando aquellos restos de una opulencia pasada estuvieron colocados en aquella vasta estancia, produjeron el efecto de media docena de palmeras en medio del desierto de Sahara.

Decididamente era preciso hacer algunas compras para disminuir el vacío, pero sin pretender comprar todo lo que se hubiera necesitado.

Aurora se decidió con sentimiento á hacer este desembolso.

Cuando todo estuvo en su puesto se sintieron tan bien en aquel pobre interior, que la esperanza renació en sus corazones.

Y por la noche, después de haber comido, sentadas al rededor de una mesa, se entregaron al estudio de sus proyectos para el porvenir.

Luego se retiraron á sus respectivas habitaciones.

Cuando Aurora se encontró sola en la suya, recordó una por una sus impresiones desde que se agitaba en el antro donde debía luchar con tantas dificultades.

Sobre todo en medio de aquella multitud, entre aquellos miles de desconocidos era donde sentía una impresión de aislamiento que ja-

más había sentido con tanta viveza, ni aun en el fondo de aquella tierra de Aubignac perdida en las montañas del Puig-de-Dome.

A pesar de su poca experiencia, comprendía que no la rodeaba ningún afecto verdadero, pero al menos tenía delante de ella el espacio libre, el paseo por el bosque, el aire puro que la fortalecía, y á pesar de su abandono, una esperanza vivía en su alma.

A cada instante creía ver aparecer aquella á quien su corazón esperaba, aquella á quien llamaba con toda su alma, aquella á quien no podía odiar á pesar del abandono en que la había dejado.

¡A su madre, en fin!

Su situación se presentaba ante ella en toda su desnudez.

Tenía dieciocho años, no tenía protectores; no tenía más dinero que el que le quedaba del que la había prestado Caylus, y este se desvanecería como se había desvanecido lo que faltaba, como el humo.

La primera noche que pasó en su nuevo domicilio, la pareció larga; la pasó sin pegar los ojos.

Se hacía sin cesar esta pregunta.

¿Que haré mañana?

¿Por donde comenzar sus gestiones?

¿A quien recurrir?

Ni ella, ni su amiga conocían á nadie en aquella inmensidad.

Además Elena, consternada, abatida, agobiada por su desgracia y su dehonra, estaba incapaz de hacer la menor tentativa para salir de la triste situación á que su mala suerte la había reducido.

Aurora no podía esperar de ella ni siquiera un consejo.

Se encontraba sola para entablar la lucha, hacer frente al enemigo; es decir, á la miseria que la amenazaba.

Se armó de valor.

A las ocho de la mañana entró en la habitación de su amiga, se sentó cerca de la cama y la dijo casi alegre:

—Voy á salir.

—¿A dónde vas?

—No lo se.

—¿A buscar una colocación?

—¿Qué hacer, puesto que la necesitamos?

—¡No es humillante!

—¿Por qué?... ¡Si eso es una humillación, cuantos la sufren como nosotros!

—¡Y es por causa nuestra!—dijo Elena.—Sola, no te encontrarías en apuros.

—No te preocupes por eso. ¿No es un gran consuelo poder animarnos una á otra, contar-nos nuestras penas, nuestras decepciones?...

—Si al menos yo pudiese...

Aurora tapó la boca á Elena con una de sus manos.

—¿Cuánto va á durar eso?—la dijo.—¡Algunas semanas, y después volverás á estar libre!

Se inclinó al oído de su amiga.

—Tú, al menos—murmuró,—tendrás alguien á quien querer, un pequeño ser que será tu encanto en el presente, tu esperanza en el porvenir... mientras que yo no tengo á nadie... Yo soy rechazada por todos y en todas partes.

Iba á exclamar: